SAFO ANTE LA CRÍTICA MODERNA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al vernos en el mundo como eslabones de una cadena, en la que jamás se advierte solución de continuidad, se siente, digámoslo así, el vehemente anhelo de la investigación de nuestro origen, y de aquí la incesante lucha de las escuelas que, una tras otra, sin tregua ni descanso aventuran ideas, emiten suposiciones, crean mundos, forjan cosmos convencionales, para caer y levantar, pues difícil es ver lo que, estando sobre la propia naturaleza, se pierde en regiones á las que nuestra vista no llega. El tiempo, en su incansable marcha, nos coloca á inmensa distancia de los que fueron nuestros aborígenes; con su implacable saña ha cubierto de espeso polvo aquello que fuera un día tan brillante, y sin respetar nada, lo ha derruído casi todo; caídos en escombros yacen por tierra los esbeltos capiteles y los elegantes frisos, acá y allá se ven lucir en fragmentos los torsos mórbidos de las maravillas esculturales de otras épocas, y rodeadas de verdes y floridas ramas, como si la naturaleza las hubiera querido ornar de caprichosos marcos, se advierte una cabeza de bacante junto á la de una divinidad, el brazo atlético de un Júpiter junto á la mano delicada de una ninfa.

No hay nada que lleve tanto á la tristeza como la consideración de las ruínas, y de tal manera, gracias á la historia, nos po-

demos elevar, que sólo se contempla desolación y ruína: de la grandeza de la India queda sólo el recuerdo, y ruínas son hoy los templos gigantes que se alzaban en la cumbre del Merú y las pagodas brillantes que se reflejaban en el sagrado Ganges: el sol ardiente parece haberlo secado todo; han cambiado los usos, las costumbres y las instituciones; ya no existen las antiguas bayaderas ni el brahma permanece inmóvil días y meses, esperando en la absoluta quietud de su cuerpo las sacrosantas revelaciones para su espíritu; de la terrible grandeza egipcia, representada siempre por la monótona línea recta, quedan los indescriptibles geroglíficos de las agujas y monolitos que, tirados por tierra años y siglos, han llegado á ser, gracias á las excentricidades de la época moderna, anacrónicos adornos en las plazas de las modernas capitales y de Grecia, de la patria del arte y de la belleza más cercana de nosotros; mas en íntima relación con las particulares notas de nuestro carácter, quedan también sólo ruinas y despojos, pues si bien de generación en generación, con una laudable constancia, hombres y hombres se aplican laboriosamente á reconstruir con trozos lo que aquello fuera, son vanos sus esfuerzos, porque si ni el sol, ni las aguas, ni el desprecio de los hombres han podido fundir los mármoles ni los bronces, si el instinto de destrucción que en ciertas épocas de la historia parece haber dominado al mundo no ha podido borrar los emplazamientos de antiguas ciudades y villas que fueran un día emporio de riqueza moral y material, no ha sucedido lo mismo con los partos felices de muchos ingenios que florecieron allá en la preceptora de la soberbia Roma, y unos tras otros oímos nombres celebrados por sus contemporáneos, de los que para justificar su fama apenas si queda algún título de obra, algún verso suelto, algún pensamiento aislado y aun quién sabe si mejor es que así suceda ó que lleguen á nosotros envueltos en nebulosas que se prestan á interpretaciones que el mayor número de las veces tienen por única base la falsedad, hija del afán de hallar efectos ó la mala inteligencia á causa del errado conocimiento adquirido en los textos que se conservan.

Anticiparse al tiempo de que se disfruta, pensar en el porvenir, es lanzar al alma contra lo desconocido con la fuerza terrible de la catapulta formidable que se llama ambición humana; agitarse en el presente es encerrarse en férreo anillo, para salir del cual no es

bastante la propia voluntad, y este considerar hace que nos repleguemos gustosos en el pasado, buscando en las sinuosidades del tiempo pensamientos que flotan aislados y semejan suspiros de un alma, que juntos forman poemas en los que nos deleitamos; que procuremos averiguar la vida de aquellos que no han dejado ni dejarán de brillar, pues las indelebles páginas de la historia los trasmite siempre para admiración de todos.

El estudio de la literatura presenta ancho campo para las investigaciones, y es por demás curiosa la que puede llevarse á cabo con respecto á la tan celebrada Safo, á pesar del reducido número de obras suyas que nos quedan, y de lo envuelta que se halla su vida en el misterio, pues no son pocas las cuestiones que pueden suscitarse, íntimamente ligadas con ella, y no son de escasa importancia las que en este trabajo podemos llamar preliminares.

La civilización griega no aparece perfectamente definida en el tiempo; en la historia vemos como á las regiones que más tarde tendrán nombre eterno, bajan hombres de distintas razas, de distintos caracteres, y tras las luchas incesantes, que presiden siempre al establecimiento de un pueblo en el lugar donde levantará sus hogares, los helenos se fijan en aquellas á las que tendremos que recurrir siempre que nos queramos ocupar en la belleza. Pocos pueblos de los que pueden comprenderse bajo un nombre genérico, habrán tenido en su origen la total falta de unidad que la Grecia primitiva; pero ninguno puede servir de tan fiel comprobación, para afirmar que en el ideal cabe la variedad y que de esta variedad resulta un todo grande, sublime y armónico, en cuya contemplación es fuerza extasiarnos. Tal vez si no satisficiera la idea que ligeramente apuntamos, diríamos que existió algo común que presidió siempre aquella variedad, pues sólo de este modo puede explicarse cómo razas en las que desde luégo se advierten tan diferentes condiciones, realizando lo que es natural y propio con respecto á ellas, contribuyen á que en el tiempo aparezcan aunados sus esfuerzos y que hoy sean comprendidas todas sus obras bajo un nombre, sin recordar las variedades de carácter á que debieron su nacimiento.

Cierto es que no hay en ninguna de las razas que vinieron á formar el pueblo griego una, cuyos sentimientos sean rafractarios á lo bello: entre aquellos pueblos no hay uno que no tenga en sí

elementos que aportar para la creación de estéticos modelos, sólo que estas palpables y relevantes pruebas no podían ser semejantes entre los fastuosos jonios que entre los dulces eolios ó entre los perezosos beocios: en cada uno de éstos hay algo que los personifica; así es que cuando Homero, cantando la cólera del hijo de Peleo, hace surgir la epopeya y tras él se revelan los Homéridas, atestigua en los jonios una potencia de genio sublime, que late aún en lo versos del ciego inmortal, en los poemas de sus sucesores y en los himnos de Apolo Delio y Apolo Pitio; al mismo tiempo los rudos beocios, á quienes Demóstenes (1) llamaba insensibles y á los que otros antiguos escritores han zaherido (2), atentos sólo á los intereses generales y á lo que á la vida común se refería, pero parte de aquel pueblo que brilla siempre por sus manifestaciones literarias, produce lo que se armoniza con su carácter y nace entre ellos Hesiodo, que se presenta con la sencillez del pastor que cumple una misión en nombre de las Musas, con su poesía austera, que constituye, digámoslo así, un curso de teogonía; y de la misma manera que géneros enteros se determinan y particularizan en una raza, casi todos los elementos de aquella grandiosa literatura los vemos aparecer en poblaciones donde se cultivan y florecen, y en Paros (3) encontramos el yambo satírico, la comedia nace en Megara (4), la tragedia en Atenas (5), la historia y la filosofía en Mileto (6) y la poesía lírica, como género desde su aparecimiento, la vemos cambiar también, según los pueblos, pues ésta tenía que darse en todos, como expresión de lo propio y subjetivo, sólo que entre los dorios es cantada en las fiestas públicas, en las solemnidades religiosas, por los coros, como expresión de los ciudadanos reunidos, en tanto que entre los eolios habla en nombre del poeta, celebra las sensaciones que se experimentan en la vida privada ó

(1) *De Corona*, p. 240. *De Pac*, p. 61.

(2) Pindaro: *Olímpica*, v. 151.—Cicerón: *De Fato*, iv.—Horacio: *Ep.* l. ii, 1.ª—Cornelio Nepote: *Alexandrus II.*

(3) En la isla de este nombre, una de las Ciclades, nacieron los poetas Arquiloco y Eveno.

(4) Susario, natural de Megara, fué el primero que con un coro disputó el premio en las fiestas dionisiacas.

(5) Sófocles y Esquilo, nacieron en Atenas.

(6) En esta ciudad nació Tales, uno de los siete sabios, y más tarde Anaximandro.

canta las emociones íntimas del alma, aunque alguna vez estas composiciones fueran cantadas en coro, como sucedió con un himeneo de la poetisa, objeto de este trabajo, y alguna otra de Anacreonte, según el testimonio de Ateneo (1).

Este carácter particular y propio de la poesía lírica entre los eolios, está suficientemente probado; á esta raza pertenecen los más renombrados líricos, los más inspirados eróticos y los más sentimentales elegíacos; y como quiera que cada uno de aquellos pueblos no hacía con sus composiciones literarias un patrimonio exclusivo para sí, sinó que se difundía su conocimiento por toda Grecia, en ella la poesía de los eolios, la poesía de la escuela de Lesbos era la más alabada: como razón de que así era porque así tenía que ser, hallóse un fundamento mítico, pues bien sabido es que en aquellos tiempos todo lo grande y sorprendente se suponía de origen divino. Entre ellos encontramos los primeros gérmenes de la poesía aportados por los beocios, que dan la forma, y los tracios el acompañamiento, pues si de unos heredan el culto sublime de las Musas, reciben de los otros los acentos musicales para expresarlo, y recurriendo á una poética ficción, que así son todos los fundamentos que de aquellos tiempos nos quedan, vemos cómo, según la tradición, después de la trágica muerte que dieron á Orfeo las Menades tracias (2), habiendo arrojado al mar la cabeza y la

(1) Neue, Fr. v. Ateneo: ed. Casaubón IX, p. 463, xiii, p. 600.

(2) Orfeo, cantor tracio, hijo de Apolo y de la musa Caliope, según la fábula, acompañó á los argonautas en su expedición, prestándoles importantísimos servicios, gracias á su rara habilidad en la música; con tan divino arte supo cautivar á las divinidades infernales, que consintieron en devolverle á su esposa Euridice. Acerca de su fin hay distintas versiones: según unos, se mató por no poder sobrevivir á la muerte de su amante; otros aseguran que Júpiter le hirió con el rayo por haber querido revelar los secretos de los dioses; Platón afirma que pereció por no haber querido morir en lugar de su esposa; pero la tradición más admitida es la consignada por Luciano, *Adversus indoctum* xi, ed. Holtze, t. iv, p. 7, que le hace perecer despedazado por las Ménades tracias (sacerdotisas de Baco), ya por haber despreciado el culto de este dios, ó por el invencible odio que profesaba al sexo femenino. La cabeza de Orfeo y su lira fueron arrojadas al Hebro, río que nace en los montes Rodopes y desagua en el lago Estentor, cerca del mar Egeo. Arrastradas por su corriente llegaron al golfo Melana, formado por dicho mar al NO. del Quersoneso de Tracia, y se detuvieron en Lesbos, encallando en la juntura de una roca: recogidas por los habitantes de dicha isla, dieron sepultura á la cabeza en el sitio, donde más tarde se alzó un templo á Baco, y colgaron la lira en el templo de Apolo, á quien la dedicaron.

lira de aquél, que las despreciara, las ondas las impelieron hasta las costas de Lesbos (1), patria desde entonces de los dulces cantos que, cautivando á siglos, y siglos han llegado hasta nosotros para excitar profundamente la atención. En aquella isla, en la pequeña población de Antisa (2), enseñaban la tumba del que con los sones de su lira había movido las peñas, y allí conservaban el sagrado instrumento con que dominaba las fieras, razón para que más y más abrigaran la crencia de que en su suelo habían de florecer los más grandes poetas líricos.

Y no es sólo esto; el lenguaje, el medio de expresión sirve admirablemente para determinar qué producciones son las propias de una región y de los dialectos de la antigua Grecia, ninguno tan á propósito como el eolio para expresar los dulces afectos y las amorosas sensaciones (3). El dorio servirá por su ampulosidad para relato de grandes aventuras y señaladas proezas; el beocio, por su escasez de formas, servirá para expresar deseos violentos; el eolio es tierno, dulce, sencillo, apasionado como el moderno italiano, y en tal dialecto hallaremos lo que corresponde á tales caracteres, como sucede con las composiciones de Alceo, Alcmán, Anacreonte, Stesícoro y Safo.

Todos están conformes, y nadie ha negado que de la isla de Lesbos, célebre siempre en los fastos históricos, por el renombre de los genios eminentes que en ella florecieron, en la ciudad de Mitylene (4), nació la ilustre poetisa, cuya vida había de ser eterno

(1) Isla célebre del mar Egeo, cerca de las costas de la Troade y de la Mysia.

(2) Antisa, también era primitivamente una isla; Myrsilo lo dice: entónces Lesbos se llamaba Issa, luego Antissa no ha podido ser llamada sinó á una isla frente de Lesbos. STRABON, *Geographia*, l. I, c. 3.º *Prolegomena*, ed. Didot-Müller, página 50. OVIDIO, *Metamorphoseos*, l. XV, v. 287, ed. Holtze, t. II, p. 366.

Fluctibus ambitae fuerant Antissa Pharosque,
Et Phoenissa Tyros; quarum nunc insula nulla est.
Leucada continuam veteres habuere coloni;
Nunc freta circuëunt.

(3) Primeramente los griegos llamaron *eolio* á todo lo que no fueran los dialectos jónico, ático ó dórico. Más tarde dicha denominación quedó limitada al dialecto hablado en las costas é islas del Asia menor. Sus caracteres diferenciales son el empleo del digamma, cuando esta letra había desaparecido del alfabeto griego, la marcada predilección por los sonidos en *a* y *o*, el escaso número de contracciones y la gran extensión de la conjugación en μι.

(4) STRABON, XIII, 2.º, II. Mitylene, ciudad muy grande, está situada entre

foco de interesantes creaciones, y cuyas obras serían modelos por la forma, por su sentida expresión y por el fondo, por lo profundo de sus pensamientos; mas no existe igual conformidad con respecto á los años en que floreció. Hoy, merced á los trabajos de la crítica moderna, puede determinarse muy aproximadamente, haciéndola coincidir con su compatriota Alceo, que vivió el año 620 antes de J. C., ó sea en la olimpiada XXXVIII, testimonio confirmado por Ateneo, según el cual la ilustre lesbiana florece en los años de Alyates (1), rey de Lidia, que son desde 628 al 570 antes de J. C. Bien es cierto que la crónica de Eusebio (2) la hace vivir en la olimpiada XLIV y que según Suidas (3) florece en la XLII; pero la diferencia queda reducida á un corto número de años, que hemos de suponer en favor de Safo, dado que todos los críticos están conformes en que la poetisa era más joven que Alceo.

Poco conformes están los autores al ocuparse en la vida de la ilustre cuanto calumniada poetisa, excepción hecha del lugar de su nacimiento, en lo cual cúpole más suerte que á Homero. Todos afirman que nació en Lesbos, como ya hemos manifestado; pero al tratar de su familia, dicen unos que fué hija de Simón ó de Eunomi-

Methymna y Malia: dista de Malia setenta estadios, ciento veinte de Cana y lo mismo de Arginussa. Las Arginussas son tres islas no grandes, próximas al continente y adyacentes de Cana. Entre Mitylene y Methymna, cerca del pago de Methymna Aegiro, es muy estrecha la isla (Lesbos), pues desde Pirraco á Euripo solo hay veinte estadios. Phirra está situada en la costa occidental de Lesbos, á cien estadios de Malia. Mitylene tiene dos puertos: el del Sur, cerrado, sólo puede contener cincuenta trirremes; el del Norte, grande y profundo, está protegido por un muelle.

(1) Aliatte, rey de Lidia, sucedió á Sadiatte é hizo la guerra á los medas y á Cyaxares, nieto de Dejocés: arrojó á los cimmerianos del Asia, tomó la ciudad de Smirna, colonia de Colofón, y fué derrotado ante Clazomena. (HERODOTO, I, 16, ed. Holtze, t. I, p. 9). Murió después de haber terminado la guerra de Mileto y haber reinado cincuenta y siete años (HERODOTO, ed. cit , t. I, p. 14). Envió ricos presentes á Delfos, siendo el segundo que tal hiciera de la dinastía de los Mermnades, fundada por Giges después de haber dado muerte á Candaulo, rey de Lidia, cediendo á las insinuaciones de la reina, que quería vengar la afrenta que le infirió su esposo haciéndola ver desnuda de Giges, con quien casó después. (HERODOTO I, 8, 13, ed. cit., t. I, p. 5 y sig.). Entre sus presentes fué á Delfos el más rico que allí se viera, una magnífica copa ataujiada de oro, obra de Glauco de Kios, inventor del arte de soldar el hierro.

(2) EUSEBIO, *Chronica*, Milán, 1818.

(3) SUIDA, *Lexicon*, ed. Bernhardy, Brunswick, 1853, t. II, p. 673.

no; otros que debió el sér á Ecrigyo ó á Ecryto; otros le dan por padre á Semo ó á Camono, sin que sean éstos los únicos nombres aventurados. Sin embargo, ni en poco ni en mucho se admitió ninguno de éstos, pues en todo tiempo la crítica aceptó la opinión emitida por el padre de la historia, según el que Safo fué hija de Escamandronimo (1). Algunos escoliastas aseguran que su madre se llamaba Cleis ó Clide, pero sin dar detalles más que con respecto al primero, que todos aseguran era ciudadano de Mitylene. Tres fueron sus hermanos, nombrados por ella: Eurigio, de quien nada se sabe; Caraxo, exportador de vinos de Mitylene á Naucratis (2), del que más tarde hablaremos, y Laricho, que en Mitylene también comerciaba en el mismo artículo (3). Esto por lo que toca á su familia: la aseveración de que era casada hemos de rechazarla en absoluto, por cuanto únicamente la encontramos entre los cómicos griegos, que tan mal la trataron, trato en relación con el que está el nombre de Cercyola ó Cercola que buscaron para el marido, pues de él resulta un equívoco obsceno (4); lo mismo que con su matrimonio nos vemos obligados á hacer con una hija que algunos le han supuesto y á la que llaman Cleis, pues esto no tiene más fundamento que unos versos que cita Hefestión (5): este gramático no dice en parte alguna que pertenezcan á la citada poetisa, y aunque la crítica con sus sutilidades hubiera llegado á afirmar que pertenecían á Safo, muy bien pudiera suceder que fueran dirigidos á alguna de sus compañeras ó discípulas de las que la historia nos

(1) Herodoto, ii, 135, ed. cit , t. i, p. 202.

(2) Ateneo, xiii, ed. cit., 596, b.

(3) Ateneo, x, ed. cit., 424, f.

(4) Haciendo prevalecer la primera ortografía podríamos hacer derivar semejante nombre de κέρκος, *mono lujurioso*, ó de κέρκωσις, *enfermedad propia de las mujeres*. Si tomamos la segunda forma, que es la más admitida, sería una palabra compuesta de κέρας *cuerno* y κύκλος *redondo*, ó de κέρας *cuerno* y κυλλος *disforme*.

(5) Hefestión, gramático griego que vivió á mediados del siglo ii de nuestra era. La única obra suya que nos queda se titula *Enchiridion peri metron*, publicada por primera vez en Florencia, 1526. En ella se encuentra un tratado de métrica griega y muchas citaciones de obras antiguas. De las ediciones modernas son recomendables las de Tomás Gaisford, Oxford, 1810, in 8.º, y más recientemente la Biblioteca Teubneriana ha publicado, bajo la dirección de R. Westphal, el primer tomo de los *Scriptores metrici graeci*, que comprende las obras del autor citado, Leipzig, 1854.

ha conservado el nombre (1) Históricamente sólo podemos apuntar estos detalles y el de un viaje que hizo á Sicilia, aunque de éste, si bien comprobada la verdad de su realización, no podemos determinar las causas que á ello le indujeran, pues no es admisible que lo hiciera huyendo de las iras de su hermano Caraxo, como algunos afirman, á quien agriamente había censurado el trato ilícito que sostenía con la cortesana Rodopis. Cierta es esta última parte; está comprobado que la que más tarde había de dar nombre á repugnante vicio, reprendió con dureza á su hermano en una composición que no se conserva; hablando Herodoto de Micerino (2), rey de Egipto, de quien afirma dejó una pirámide más pequeña que la de su padre Keos, niega la idea emitida por algunos griegos de que ésta fuese levantada por Rodopis, que dice era originaria de Tracia, esclava de Yadmon, hijo de Hefestepoli de la isla de Samos y compañera de esclavitud de Esopo el fabulista. Más tarde, esta Rodopis fué llevada á Egipto por Xanto, donde Caraxo de Mitylene, hijo de Escamandronimo y hermano de Safo, dió por su libertad una cantidad considerable: habiendo vuelto Caraxo á Mitylene, Safo lo censuró en sus versos.

Strabon (3), describiendo las pirámides que se encuentran á cuarenta estadios más allá de Menfis, después de describir la tercera y decir que aunque de más pequeñas dimensiones es de más costosa construcción, por ser desde la mitad á la cúspide de piedra negra traída del fondo de la Etiopía, que hace más difícil su trabajo por la dureza que le es propia, cuenta que esta pirámide pasaba por ser la sepultura de una cortesana célebre, á quien sus amantes elevaron tal monumento: dicha cortesana—prosigue el geógrafo griego—no puede ser otra que Doricha, de quien habla Safo, la ilustre melógrafo, que había sido querida de su hermano Caraxo, en el tiempo en que éste, negociante en vinos de Lesbos, iba con frecuencia á Naucratis, llevado por sus negocios (4). Ateneo, al hacer mención de las cortesanas que más nombre alcanzaron por

(1) La milesiana Anagora, Gongyla de Colofonia, Atthis, Telesippa, Megaia, Eunica de Salamina y otras.

(2) Herodoto, ii, 129-134, ed. cit., t. i, p. 199-201.

(3) Strabón, xii, 1.º, 33. *Aegiptus*, ed. Holtze, t. iii, p. 449.

(4) Strabón, xvii, 1.º, ed. Didot, p. 686-45.

su belleza (1), cita una á la que llama Doricha, que fué comprada por Caraxo en un alto precio, y á la que dió libertad para hacerla su amante: por este motivo su hermana, la elegante Safo, lo censuró en sus versos. Estas son opiniones irrecusables, á nuestro modo de ver, para probar que existió una composición que tal vez despertara las iras del censurado; pero es cierto que el referido viaje lo hizo Safo en los primeros años de su juventud, como lo atestiguan los mármoles de Arundel (2), y la vuelta de Caraxo á Mitylene tiene lugar el año 569, que es cuando se dió á los helenos la ciudad de Naucratis (3), donde Rodopis vivía, donde Caraxo la conoció, la compró y le dió libertad, llevado de la pasión que le inspiraba. Más digna de crédito nos parece la opinión de algunos, según los que Safo emprendería este viaje no voluntariamente, sinó desterrada, como su compatriota Alceo, por el tirano Pittaco, á quien llamaron Sarapo (4), á causa de lo desmesurado de sus piés, más por la parte que tomaron en la lucha entablada en Mitylene entre los dos partidos, que por haber escrito algo en contra del que, vencedor más tarde y agradable á todos por sus actos, había de permitir que volviera á su patria; á esto puede oponerse la corta edad que la poetisa tendría entonces, y la escasa importancia que se daría á sus versos, en el caso de que ya los escribiese; queda, pues, por aclarar

(1) Ateneo, ed. cit., xiii, p. 596; ed. Holtze, t. iii, p. 348.

(2) Gracias á la protección del conde de Arundel, Tomás Howard (1580-1646), pudo marchar á Grecia el sabio arqueólogo Wiliam Petty. En Paros, el año 1627, descubrió las lápidas cronográficas, á las que se ha dado el nombre de su primer poseedor. Estas lápidas forman la *Crónica de Paros*, que contiene los principales acontecimientos de la historia griega desde Cecrope, el primero que reinó en Atenas, hasta el arcontado de Calistrato (1582 á 355 a. d. J. C.). El hijo del conde de Arundel, Enrique Howard, hizo donación de estas lápidas á la Universidad de Oxford, donde en la actualidad se conservan. En 1629 fueron traducidos y comentados por Selden (*Marmora Arundeliana*). Las mejores y más exactas versiones son las de Chandler, *Marmora Oxoniensia*, Oxford, 1763, y la de F. C. Wagner, *Chronicon Parium*, Marburgo, 1832. En la versión latina de este último, el Epoch. 37 dice: *A quo Sappho e Mitylene in Siciliam traiecit fugiens... anni* cccxxviii. Este corresponde al 592 antes de nuestra era, ó sea al 1.º de la olimpiada xlvi.

(3) Naucratis, ciudad y puerto comercial del antiguo Egipto, á la izquierda en el Delta, único por su importancia en los primeros tiempos. Strabón, xii, 1.º, 23. *Aegyptus*, ed. Didot, p. 602, y célebre también por la belleza y gran número de las cortesanas que allí vivían. Herodoto, l. ii, 135, ed. cit., t. i, p. 202.

(4) Alceo, fragmento conservado por Diógenes Laercio, i, 81, inserto con el número 38 en la Antologia lyrica. de Bergk, Leipzig, 1843.

esta cuestión, teniendo que ser desechada en absoluto la suposición de que lo hiciera siguiendo á un amante, por ser ésta la que menos fundamento tiene. A estos detalles réstanos sólo añadir el de su trágica muerte, del que hablaremos más tarde, pues los mencionados son únicamente los que han servido para redactar la biografía de la ilustre escritora que estudiamos.

Desgracia grande es que el tiempo haya destruído el mayor número de las obras que, según Suidas, escribió la insigne lesbiana (1), y aun gracias debemos dar á que tales fueran sus méritos, que algunos escritores las trascribieran en las suyas, presentándolas como modelos (2); bastantes son éstas y las deducciones que se pueden hacer de sus contemporáneos, para negar en absoluto las afirmaciones de otros que si resultaran verdaderas, empañarían tan distinguido nombre y disminuirían la gloria que desde luego y por todo ha conquistado á través de las edades. El superficial co-

(1) Suida, ed. cit., p. 574. *Escribió nueve libros de composiciones líricas y además epigramas, elegías, yambos y monodios.*

(2) Los fragmentos conservados de Safo son cxxxix, según la edición de Neue, *Sapphonis Mitylenaeae fragmenta*, Berlín, 1827; cxx según la de Bergk, *Poetae lyrici graeci*, Leipzig, 1843; cxx también en la *Anthologia lyrica* del mismo autor, Leipzig, 1883, ed. Teubner; cxx en la ed. de Volger *Sapphus lesbiae carmina et fragmenta*, Leipzig, 1810; xc según F. G. Schneidewin en el *Delectus poetarum graecorum*, Goettinga, 1838; lxxviii según la ed. de Boissonade, *Lyrici graeci*. Estos fragmentos han sido conservados por Dionisio Halicarnaso, *De struc. verb.*, edición Holtze, t. v, Leipzig, 1869-76; Longino, *De sublimitate*, sec. x, p. 40; Eustathius, *ad Homero II*, v, 111; Hermógenes, *De formis orat.* en el t. iii de los *Rhetores graeci*, publicados por Walz, Stugart, 1832-56; Ateneo, *Deipnosophistas*, ed. Casaubón, i, p. 21, ii, ps. 39, 54 y 57, ix, p. 410, xi, 460, 463, 475, xiii, 564, 571 y 599, xv, 674, 687; Strabón, ed. cit., i, 69; Apolonio Dyscolo, *De Sintaxis*, iii, 288, ed. Poultmann, Berlín, 1818; Scolias de Píndaro, ad. *Olímpica*, ii, 96; Aristóteles, *Ret.* i, c. 9, ii, c. 23, ed. Holtze, t. 12; Hephestión, *Enchiridion*, páginas 23 y 24, ed. Teubner, Leipzig, 1864; Ammonio, de *Adfinium vocabulorum differentia*, p. 23, ed. Ammon, 1787; Dion Chrisóstomo, *Orat.* xxxvi; Stobeo, *Florilegio*, t. iii, ed. Teubner, p. 34, Leipzig, 1856; Pollux, *Onomasticon*, vii, c. 16, c. 22, x, c. 27, ed. Seberi, Ansterdan, 1706; Plutarco, *De tranquilitate animi*, t. iii, ed. Tauchnitz, Leipzig, 1815; Máximo de Tyro, *Disset*, xxiv, 297; Scolias de Sófocles, ad. *Electra*, 148; id de Teócrito, ad. *Idilio*, xi, 39; Galeno, *Protreptico*, c. 8, ed. Willet Lugduni, 1812; Demetrio Phalerio, *de Elocutione*, clxii; Servio, *ad Virgilio*, *Georgica*, i, 31; Scolia Aristóphanes, ad. *Plut*, 729, y en otros muchos autores antiguos, así como también en el *Ethimologicum magnum* y en la *Anthologia*.

nocimiento de la historia griega ha dado lugar, á nuestro modo de ver, al primer error en que se ha incurrido, tratándose de la décima musa, como llama el amantísimo discípulo de Sócrates (1) á la supuesta amante de Faón, porque si bien es cierto que en aquel pueblo tan culto se cuidaba mucho de la educación del hombre y desde los primeros años de su vida se le iniciaba en los asuntos de la vida pública, la educación de la mujer parecía importar bien poco, y se la abandonaba en el gineceo; hecho con el que se llega á la comprobación de una verdad histórica, que entre los eolios se realiza mucho más tarde.

En el comienzo de las sociedades, en las épocas heroicas, vemos siempre á la mujer gozando de iguales derechos y preeminencias que el hombre; la vemos cumpliendo los mismos deberes, y esto, más que á nada, debe atribuirse á que en los primeros días de un pueblo la vida del hogar no está definida y, por tanto, no se halla determinado el fin verdadero y justo que la mujer debe realizar, cosa que sin grande esfuerzo puede comprobarse: la India, donde tan poca consideración ha merecido al legislador la mujer, socialmente hablando, ha tenido los Kchatryas, casta que otorgaba á la mujer grandísima consideración, y en los primeros años de aquella civilización la mujer ocupa un puesto muy distinguido y entre las mujeres se encuentran reinas y poetas (2), y aparecen consideradas y respetadas en el Ramayana y en el Maharabata, lo cual desapareció en tiempos posteriores, como no podía menos de suceder en países que se presentan como tipos del absolutismo. Sita y Dayamanti desaparecerán en la historia para ser sustituídas por las desventuradas esposas de Prasenadschit y del rey de Magadha: pero han existido, es cierto, en aquellos primeros días en que el hombre, lo mismo que la mujer, contribuían juntamente á sobrellevar las cargas de la vida.

Lo mismo que en la India sucede en Grecia; en la época histórica se advierte para la mujer el más grande respeto, la mayor consideración, y aun algo de lo que aquel pueblo eminentemente artista concede siempre á la belleza. Pruebas de esto que decimos se hallarán cuantas se quieran en los poemas homéricos y en las

(1) Platón, en la *Antologia*, ed. Holtze, t. II, p. 193, ep. 506.

(2) Weber (Alberto), *Histoire de la litterature indienne*, traduite par A. Sadous, 1859, p. 19.

obras de los poetas que aun se inspiran directamente en los cantos de aquel ciego inmortal cuyo nacimiento se disputaron tantas ciudades. El colérico Aquiles, que parece incapaz de ningún sentimiento tierno, dice: «no es hombre honrado el que no honra y distingue á la mujer.» Menelao, á pesar de sus desdichas, declara «que aquí en la tierra no hay ningún bien mayor que la unión conyugal en que reina la concordia y el mutuo afecto.» Los ancianos que han perdido á sus hijos en la guerra sangrientísima de Troya afirman, al ver pasar á Elena, que por semejante mujer se pueden sufrir diez años de fatigas y de horrores (1). Cuando Elena, curiosa, acude á la muralla para ver combatir el marido que tomara como voluptuosa con el que abandonara al dejar de ser honrada, en lo alto de la puerta Scea á que la conduce Iris trasformada en Laodicea, encuentra á Príamo, que con distintos ojos contempla la pelea, y á pesar de su dolor de padre, no dirige reproches á la causante de sus desventuras, ni se calla en su presencia para que el silencio no la ultraje, sinó que con voz en la que se advierte el sentimiento, le dice: «acercáos, hija mía; sentáos á mi lado para que podáis ver á vuestro primer marido, á vuestros parientes y á vuestros amigos: vos no sois la causa de los males que sufro, los dioses solos son autores de ellos (2): muerto Héctor, su dolorido padre no sale á pedir el cuerpo que tanto desea sin consultar con su esposa Hécuba (3); los pretendientes de Penélope siempre la respetan á pesar de sus constantes promesas que nunca cumple (4), y de este modo podríamos prolongar las citas en apoyo de la opinión manifestada.

Este respeto, esta consideración no decrece en Grecia sinó muy tarde, cuando la vida se hace pública, porque en tanto que el hombre acude al *ágora* para discutir lo de interés ó para pasar el tiempo, como Demóstenes afirma, la mujer queda relegada en el fondo del gineceo, y más tarde, aun Platón mismo declara que en Grecia, poco afectos al matrimonio, se habían hecho necesarias las leyes que lo prescribían (5). Esta coincidencia, que por su repetición

(1) Homero, *Il.* c. III, v. 150 y sig.

(2) Homero, *Il.* c. III, v. 160 á 165.

(3) Homero, *Il.* c. XXIV, v. 187 y sig.

(4) Homero, *Odis*, c. I, v. 319 y sig.

(5) Platon, *Banquete*.